La caricatura y el alma

José Gordon

Federico Fellini, caricaturas

Los parientes se asoman por los amplios ventanales de la sala de cuna del hospital. Entre decenas de bebés, tras la muralla de cristal, distinguen al nuevo miembro de la familia:

—¡Cómo se parece al abuelo materno! —dice una de las tías—.

—¡Perdóname, pero no! Es la misma mirada del abuelo paterno que en paz descanse —objeta una prima—.

—¡No! Fíjense nada más en esas cejas y esa sonrisa. Proviene del lado de la mamá.

—Es increíble el parecido desde esta tierna edad con un tío que ustedes ni siquiera conocieron —afirma contundente otra tía—. No cabe duda que los genes se heredan. El mismo rostro vuelto a nacer —señala conmovida—.

La enfermera se acerca con otra cuna en la que, ahora sí, la tarjeta de identificación de la criatura es claramente visible. Los familiares se dan cuenta de su error. Se desplazan unos pasos y observan al nuevo miembro de la familia:

—¡Cómo se parece al abuelo materno!...

Esta historia se basa en una narración de Efraín Kishon —quien falleció recientemente—, que nos muestra las asociaciones que tenemos al contemplar un rostro.

Un rostro nos recuerda a nuestros padres, a un viejo amor, a alguien que nos lastimó. Reconocer un rostro rápidamente facilita el tejido de las relaciones en sociedades tan complejas como la nuestra. Tenemos que ser capaces de distinguirlo en medio del mar de estímulos que nos rodea. ¿Cómo hacerlo?

Unas cuantas líneas deben hacer el truco, unos cuantos rasgos que nos dan la esencia del rostro. A eso se le llama caricatura.

De hecho, tal parece ser el mecanismo para reconocer un rostro. Los investigadores Robert Munro y Michael Kubovy, de la Universidad de Oregon, mostraron una serie de dibujos de rostros a un grupo de estudiantes; posteriormente, les enseñaron los mismos rostros para su reconocimiento. Lo interesante es que la apreciación era más rápida y certera si los rostros estaban distorsionados o si los rasgos se alargaban o exageraban.

Munrose preguntó: ¿Por qué una distorsión del rostro puede ser mejor recordada que el rostro mismo? Kubovy y Munro piensan que ello es debido a que el cerebro recuerda los rostros mediante un atajo: fijar los rasgos que hacen a un rostro diferente de otro. Debido a que una caricatura es más cercana a la versión cerebral que tenemos de una persona es más fácil reconocerla así que a través de un retrato completo.

Por algo, los grandes caricaturistas penetran el alma de los personajes que exploran. Al igual que en el arte japonés, unos

cuantos rasgos capturan la esencia de los objetos.

Cómo se esculpe un rostro

Nuestros rasgos se esculpen con el tiempo, con la experiencia vital que se traduce en nuestros rostros. La palabra faz proviene del latín *facere*, que quiere decir hacer, moldear. En nuestros rostros se refleja todo lo que hemos vivido. Año tras año de preguntar de una cierta manera, de enfocar una mirada, de sonreír en forma peculiar, dejan sus huellas. Por ello, Leonardo da Vinci señalaba que en sus retratos trataba de revelar lo que denominaba "los movimientos de la mente".

En una época en la que hacemos un culto de la imagen, se nos pueden perder los rasgos esenciales reveladores del rostro interno. Se requiere una lectura atenta que vaya más allá de la impresión superficial.

Anaïs Nin describe admirablemente ese paso del rostro externo al interno que en este caso es decepcionante:

> Cuando June caminó hacia donde me encontraba, desde la oscuridad del jardín hacia la luz de la puerta, vi por primera vez a la mujer más hermosa sobre la tierra. Un rostro blanco deslumbrante, oscuros ojos flameantes, una faz tan viva que sentí que se podría consumir ante mis ojos. Hace unos años traté de imaginar una auténtica belleza; creé en mi mente una imagen de tal mujer. No la había visto hasta la noche de ayer. Sin embargo, desde hace mucho tiempo ya conocía el color fosforescente de su piel, su perfil de cazadora, la uniformidad de sus dientes. Ella es extraña, fantástica, nerviosa, como alguien que tiene alta fiebre. Su belleza me ahogaba. Cuando me senté ante ella sentí que haría cualquier cosa que me pidiera... Al finalizar esa noche me había zafado de su poder. Mató mi admiración con su habla. Su habla. El enorme ego, falso, débil, posado...

Quizás un caricaturista o un Da Vinci lo habrían captado inmediatamente. Un rasgo deformado del alma que se asoma tras la máscara de la belleza. Por eso las apariencias tan pulidas y formales de ciertos políticos no engañan a los grandes caricaturistas.

La paradoja es que las apariencias engañan pero también son reveladoras del rostro interno.

Federico Fellini, caricaturas